

Adriana Abdó

APRECIABLE SEÑOR WITTGENSTEIN

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Adriana Abdó

APRECIABLE SEÑOR WITTGENSTEIN

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ADRIANA ABDÓ
APRECIABLE SEÑOR WITTGENSTEIN

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Nota de Cecil A. Haegl
PRÓLOGO
(A Ludwig Wittgenstein)
Cracovia, 2 de noviembre de 1914
Ahora que hablo del alma
Nací y viví en Salzburgo
Fui de aquellos
No hay liberación
Quisiera olvidar
He conocido seres de noche
Esa madrugada
Considero una maldición
Antes me preguntaba
Cuando no estaba muerto en vida
Al comenzar la carta
Padezco una fuerte debilidad
Me enviaron aquí
En nuestra familia burguesa
No sé qué hora es en este momento
De niño
Mi destino está decidido
A pesar del animoso esmero
¿Cómo olvidar los momentos de repugnancia?
La ruina es un proceso doloroso
Si se me concede el honor de su visita
Hace unos instantes
Si la maldita guerra le permite sortear la muerte
Agradezco el privilegio
Presenció un suceso de gran importancia
Disculpe usted, señor Wittgenstein
Durante mis primeros años

Volviendo a Mönchsberg
Observo la tinta que resta
He visto al ser humano desprovisto de espíritu
Cuando niño
Conservo las imágenes
Volviendo al dormitorio
Nunca concebí la idea
Desde que empecé esta carta
Recuerdo, otra vez recuerdo
A la muerte de mi padre
Es curioso
Cuando Gretl y mis hermanos
La fiesta entró en apogeo
Recuerdo a Gretl una y otra vez
Visité el mar
Años antes de este viaje a Venecia
El miedo inmoviliza
Intenté
La noche ha terminado
Las palabras tienen vida
He visto transcurrir los días
Bajo de prisa la cuesta
Sin embargo, llega la luz
Existe un pliegue
Grodek (Georg Trakl, 1914)

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Apreciable señor Wittgenstein

Adriana Abdó

Para Ximena, para Juan

Nota de Cecil A. Haegl

Quiero dejar patente la gran admiración y el respeto que tengo por el trabajo del poeta expresionista austriaco Georg Trakl (Salzburgo, 3 de febrero de 1887-Cracovia, 2 o 3 de noviembre de 1914), de quien presupongo que es el manuscrito que, por fascinante casualidad, cayó en mis manos y entrego en este libro. Digo «presupongo» porque en ningún lugar el autor escribe su nombre. Si bien no existe una firma, ni siquiera una inicial que nos guíe hacia su identidad, las coincidencias, el uso de ciertas palabras y su repetición constante, las descripciones con colores específicos y las expresiones e imágenes características de la poesía de Georg Trakl que se hallan en el texto, a mi entender, la esclarecen.

Prólogo

El libro que presento a continuación es una interpretación, no una transcripción ni traducción literal, del texto original, el cual muestra un importante estado de deterioro provocado por el paso del tiempo y por las condiciones en que fue guardado hacia finales del año 1914. La caligrafía es angosta desde un principio y lo es aún más conforme se acerca a la conclusión, donde el autor escribe una secuencia de textos sirviéndose de márgenes, bordes, de un libro de poemas, recetas y formularios médicos, sobre cuero en algunos registros. A medida que el tono se vuelve reflexivo, su lectura se dificulta hasta hacerse casi ilegible.

El último fragmento está tatuado sobre la cubierta de un libro, con la ayuda de una delgada lámina o la punta de una pluma.

Las curvas que practicaba el autor en el trazo de algunas letras, así como sus pendientes y delineaciones, sentaron precedente y marcaron la pauta para comprender el significado de los pasajes.

La formación de apartados en el original se logra con espacios en blanco, cambios de hoja, aunque en realidad el conjunto no deja de ser una sola y larga epístola.

Al final del texto transcribí el poema «Grodek», de 1914, también en su idioma original. Decidí insertar el último poema que escribió Georg Trakl convencido de la identidad del autor de este libro, pues mientras desentrañaba del manuscrito cada palabra o sentido de una frase, oración, párrafo, encontré similitudes con el estilo peculiar de Trakl, quién utilizó reiteradamente los mismos

temas, vocablos, expresiones, colores, imágenes y símbolos a lo largo de su obra.

Me gustaría relatar brevemente la increíble casualidad que me llevó al encuentro con este manuscrito.

Hace algunos años, la Universidad Humanitas en Cracovia me invitó a impartir el curso sobre la vigencia ideológica, en los albores del siglo XXI, del *Tractatus logico-philosophicus*, obra del filósofo, matemático y lingüista Ludwig Wittgenstein (Viena, 1889-Cambridge, 1951). Con ese propósito pasaría seis meses en aquella ciudad. Así que a mediados de septiembre del año 2007 me instalé en una residencia para académicos.

Un domingo, a principios de diciembre, a poco más de dos meses de haber llegado, desde mis habitaciones miraba de reojo el exterior en tanto seleccionaba el material de trabajo. El termómetro marcaba seis grados y el sol brillaba discreto. Inesperadamente, una sensación de júbilo llenó mi pecho; cambié de opinión y decidí abandonar, por unas horas, mi escritorio para perderme en las calles del hermoso Barrio Viejo. Disfruté una larga caminata hasta que el cansancio me llevó a descubrir una pequeña barra bajo la techumbre de un angosto edificio de tres pisos donde vendían café, vodka y chocolate caliente. Me senté en una de las dos únicas sillas altas para los clientes y miré una inscripción en la pared que anunciaba: Tienda-librería. Atrás del mostrador había una biblioteca de viejo. Ahí me dirigí, café en mano.

Los dueños eran un matrimonio de octogenarios: polaca ella, me atendió en el mostrador; sajón él, quitaba el polvo de los libros con un lienzo. Me hicieron algunas recomendaciones que escuché condescendiente. Poco a poco entablamos una agradable conversación. Les impresionó mi dominio del polaco y del alemán, mi trabajo como investigador, pero sobre todo el curso que venía a

impartir. Me confiaron que entre los más preciados tesoros que habían adquirido a lo largo de los años tenían objetos, cartas y textos inéditos; era contada la gente a la que le permitían verlos, pues la anciana pareja venía a Cracovia sólo una vez al año y por un par de meses —como era el caso en ese momento— mientras regresaba su empleado a atender el negocio después de sus vacaciones anuales. Mi curiosidad fue instantánea y seguí frecuentándolos. Al paso de unas semanas se construyó una amistad literaria de mutuo agrado. Fue entonces cuando me atreví a pedir acceso a aquellos tesoros que guardaban. Titubearon y me explicaron los motivos: yo era un extranjero, un extraño. Les ofrecí a cambio realizar una investigación, inventariar los documentos y objetos, luego clasificarlos. Logré convencerlos.

Así que para el siguiente fin de semana me encontraba en el desván, ni espacioso ni aseado, del tercer nivel de la Tienda-librería. El piso de abajo, que más adelante yo habitaría por dos meses durante los siguientes seis años, a la sazón lo arrendaba un trío de estudiantes galeses siempre vestidos con camisetas de rugby; el piso de más abajo era eventualmente habitado por sus dueños, mis recién hallados amigos. Dedicué todo el tiempo libre a hurgar en aquel espacio oscuro y polvoriento; en ese mundo que, por alguna circunstancia, cuando me adentraba en él, me hacía feliz.

Una de esas tardes me encontraba curioseando en medio de aquel desorden cuando me llamó la atención un sencillo baúl hecho con madera de los Cárpatos, de unos ochenta centímetros de alto por un metro de largo, decorado con morillos en la parte superior para facilitar su apertura. Lo abrí sin demasiada expectativa. Contenía un estuche de manicura, libretas mohosas, cartas familiares apenas legibles escritas en yidis; un cofrecillo de esmalte con un par de pendientes de tornillo, un medallón de estaño, pulseras de dijes; un hermoso espejo de

bronce para tocador; una flauta travesera de mala calidad; unos mitones largos, una chapka de mujer y una cofia que, por su diseño, pudo haber pertenecido a una enfermera al servicio del Imperio austrohúngaro durante la Gran Guerra.

Al fondo, del lado izquierdo, atado con jarcias, aguardaba un envoltorio: un fajo de papeles amarillentos deteriorados junto con trozos de cuero curtido y piezas que parecían cubiertas de libros. Con meticulosidad desaté los ases de guía que mal encuadraban el hallazgo. De pronto alcancé a leer: «(A Ludwig Wittgenstein)». ¿Podría ser que entre aquellas baratijas esperara paciente algo insólito...? Sí, un largo manuscrito en pulcro alemán. La primera página del texto, fechada el 26 de octubre de 1914, y la segunda, el 2 de noviembre de 1914, estaban dirigidas a Ludwig Wittgenstein; aunque podía tratarse de alguien de idéntico nombre y apellido, supuse que se trataba del célebre filósofo. El corazón me dio un vuelco. En noviembre de 1914 Wittgenstein, voluntario al servicio del Imperio, pasó por Cracovia. Una fría secreción tensó mi estómago y secó mi garganta, sería imposible explicarlo, pero recordé que en esa misma época el poeta expresionista Georg Trakl también se encontraba en la ciudad.

¿Acaso había caído en mis manos un pedazo de historia?

Aquel ático de techo bajo y escasa iluminación, que albergaba un universo tan alejado para los habitantes de nuestro siglo, fue mi refugio durante el invierno de 2007 y los seis siguientes. La sorpresa, el café, el vodka y el barszcz de mis anfitriones fueron mi alimento.

Mis amables y queridos amigos, Wanda y Klaus, murieron en 2013 con pocos días de diferencia, en paz y plenitud, sin dejar descendencia. Siempre les estaré agradeci-

do por la confianza que depositaron en mí al haberme permitido acceder a su mundo para luego concederme la honrosa tarea de descifrarlo.

Cecil A. Haegl
Cracovia, enero de 2014

(A Ludwig Wittgenstein)

Cracovia, 26 de octubre de 1914

Apreciable señor Wittgenstein, le parecerá un disparate de mi parte, estando la humanidad en la situación actual, que yo, un demente, le ruego conocerlo. Intuyo que el desvarío me lo ha contagiado este siglo, ¿o ha sido al revés? A causa del precario estado de salud mental en que me encuentro (demencia precoz, por decreto médico), se me mantiene encerrado desde hace una semana, bajo observación; receta que juzgo chusca, pues mi malestar se debe a la natural inclinación que tengo a observar.

Mientras escribo dentro del pabellón de alienados del Hospital de La Guarnición número 15 de Cracovia, comparto el desconsolador espacio con un teniente que padece delirium tremens, o síndrome del borracho empedernido. Desde aquí escucho con claridad y constancia los gritos de otros locos que, como yo, habitamos esta galería y la que está arriba de nuestras extraviadas cabezas. A pesar de que conservo un libro de poemas de Johann Christian Günther: «Voy a donde es del destino la llamada...», no encuentro un momento de paz. Mi mente no puede detener el bombardeo de memorias, añoranzas y culpas, reproches y rechazos; entre tanto la presión concentrada en las sienes y el sudor incontrolable se han convertido en un fardo difícil de sobrellevar. ¿Cree usted que, en situación parecida, exista alguien que acepte escucharme? Repito: escucharme, no oír la sarta de estupideces que se suelen decir por ahí.

El admirable y muy querido amigo Ludwig von Ficker vino un par de días a Cracovia con el propósito de en-

contrarse conmigo y alentarme; exhorto del amigo incondicional que esta vez tuvo apenas efecto en mi ser indiferente. Se presentó en el hospital y consiguió verme. Al menos logré entregarle el último trabajo que escribí. Dos poesías donde narro un lamento y la inmensa miseria de la tierra. Después de terminar el trabajo, vino el letargo. Al contemplar mi lamentable estado, Von Ficker decidió prolongar su estancia en Cracovia unos días y vino a visitarme cada tarde, siempre armado de una charla bien dispuesta y con su natural entusiasmo. Un día antes de su partida, mencionó el sorpresivo encuentro que tuvo con el artista Józef Hofmann a unas calles de aquí. Von Ficker le habló de mí, prometió enviarle parte de mi trabajo, de mi poesía. ¿Imagina la vergüenza al recrear tal escena? Un gran virtuoso y mi entrañable amigo comentando el funesto destino de un miserable, su servidor: un loco, un desertor.

Ante mi indolencia, que fue más bochorno que otra cosa, Von Ficker cambió de conversación y condujo el diálogo a alabar la belleza de esta ciudad, el interés que ofrecen sus monumentos, la arquitectura. Entonces, por magia, como si un remoto sonido de alerta colmara su pecho, describió la iglesia de Santa María.

—Una maravilla gótica —dijo.

Y se lanzó con voz de tenor en el detallado recuento del exquisito altar de madera; vibraba, esculpía con palabras aquella figuración; envidié su vigor. Sin duda es un hombre de altísima sensibilidad. Mi apatía habrá aquietado su fervor y la mirada de entusiasmo cambió por una de afecto. Volvió a lo íntimo. Contó novedades sobre su familia, esposa e hijas, a quienes tengo en gran estima; logró sacarme un esbozo de sonrisa. Mencionó que en su casa de Innsbruck siempre esperaba una habitación para mí, colmada de flores y tranquilidad. Al verme más animado, procuró discutir sobre algunos detalles del libro de poemas de mi autoría, pero no adivinó que sus

palabras amorosas poco conmueven a un ser desesperado. Luego, ofreció tabaco y cambió de tema: lo mencionó a usted. Aseguró su presencia a unos cincuenta kilómetros al noreste de Cracovia, en servicio, patrullando en un buque en el río Vístula. Parecerá inusitado, y lo resultó aún más para mí, pero la noticia de su cercanía provocó una enorme esperanza. Tanta, que solté el pitillo que apenas me obsequiara. La mirada astuta del amigo se clavó en la mía; en seguida, con tono suave, preguntó si deseaba escribirle una nota que él enviaría de inmediato.

—Una postal —señaló.

Asentí. Prendió fuego, levantó el cigarrillo del suelo, aspiró profundamente, echó la bocanada poco a poco y lo colocó en mis labios. Me palmeó la espalda. Sacó una postal de su chaqueta:

—Querrá que Ludwig Wittgenstein lo visite a su llegada a Cracovia —y tendió la pluma.

Y bien, escribí una postal donde ruego su visita si el destino permite su desembarco en esta ciudad. Quiero platicar con usted, deseo que me escuche. Sin duda Von Ficker estaba dispuesto a escucharme una vez más, no quise pedirlo. Soy un ser pudoroso, ¡alabado sea Dios!, no permitiré que el noble corazón del amigo y protector se duela, otra vez, gracias a la amargura y desesperación de un servidor. Así, al día siguiente, antes de que tomara el tren en Cracovia hasta la dirección que lo llevaría a su hogar en Innsbruck, pasó a prevenirme de que la postal dirigida a su nombre había sido enviada. El azar permita que usted la reciba.

No obstante, el anhelo de conversar con usted me urge a iniciar una larga plática mediante la aventura de escribir, única arma que poseo y sé cómo usar; aun cuando usted navegue a kilómetros de distancia en medio de una guerra y en una época donde nuestro mundo anuncia el caos. Albergo gran temor de que alguna circuns-